

Mi experiencia en el trabajo de campo. Una retrospectiva biográfica

Milton Gabriel Hernández García*

En el presente escrito realizo una retrospectiva biográfica de lo que ha sido mi experiencia en el trabajo de campo como etnólogo. A partir de un ejercicio de recuperación de la memoria, pretendo mostrar una trayectoria profesional caracterizada por diferentes momentos y dimensiones no estrictamente académicas, en las que la práctica de la antropología puede desarrollarse.

Considero que el trabajo de campo sigue siendo uno de los componentes sustanciales de las ciencias antropológicas y sin duda alguna deberá seguir siendo uno de los pilares de la formación y la investigación científica. Como se ejemplificará en estas líneas, dado que no todo el trabajo de campo que realiza un antropólogo está necesariamente orientado hacia fines académicos, es necesario advertir que existen formas distintas de ejercer la profesión antropológica que deben ser reconocidas como parte del perfil de la disciplina e incorporadas en el plan de estudios, para que de esta manera se ofrezcan más opciones profesionales en el proceso de formación de las futuras generaciones de colegas.

Recuperando la memoria de una trayectoria personal

Al remontarme algunos años atrás, tengo que reconocer que mis primeras experiencias en el trabajo de campo no tenían propiamente un enfoque etnográfico, ya que se sitúan en la época en la que estudié filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (FFYL-UNAM), entre 1996 y 1999. En aquellos años visitaba comunidades zapatistas de los Altos y Selva de Chiapas como parte de las acciones de solidaridad que emprendían diversas organizaciones de la sociedad civil con las comunidades en resistencia. Fue en el contexto de este primer acercamiento a las comunidades indígenas zapatistas que empecé a germinar la idea de iniciar una segunda licenciatura, seguramente la de antropología, pues me interesaba profundizar en la comprensión de la historia y las formas de vida de los pueblos

* Centro INAH Tlaxcala (milton_hernandez@inah.com.mx).



Isla Tiburón y canal del Infiernillo, Bahía de Kino, Sonora. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2015).

originarios. Así fue que en 1999 me acerqué a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) e ingresé a la licenciatura en antropología social. Circunstancias personales me obligaron a darme de baja al mes de haber iniciado los cursos, pero el ánimo no decayó en mí y al siguiente año decidí regresar. Volví a examinarme y al momento de elegir una de las siete licenciaturas, dejé de lado la de antropología social y opté por la de etnología. Los dos primeros años de la carrera combinaba los estudios con las clases que impartía como profesor de filosofía en el bachillerato: Lógica, Textos políticos y Textos filosóficos.

Cuando iniciaba el cuarto semestre, en una de las paredes de la escuela pegaron una convocatoria para un empleo temporal: hacer trabajo de campo en alguna zona rural del país. Se ofrecía la contratación de estudiantes y pasantes de las carreras de antropología social, etnología y etnohistoria. Era un proyecto del Instituto Nacional de Ecología (INE) y de la Universidad Iberoamericana (UIA), lo que implicaba levantar encuestas sobre el manejo forestal en núcleos agrarios en diversas entidades federativas. Llamé y obtuve una cita. Después de una breve entrevista me contrataron para trabajar en la Huasteca de Hidalgo, Puebla y San Luis Potosí. Un grupo de antropólogos de la Ibero nos capacitó para aplicar cuestionarios a las autoridades agrarias. Debido a que la salida sería en la siguiente semana y el trabajo en campo duraría un mes, tuve que pedir permiso en la escuela y conseguir alguien que me sustituyera en mis clases.



Cartografía participativa en El Desemboque de los Seris, Pitiquito, Sonora. **Fotografía** © Sofía Medellín Urquiaga (2013).

Durante cuatro semanas viajé por la Huasteca con un grupo interdisciplinario. Nos instalábamos en algún lugar cercano a las oficinas regionales de la Procuraduría Agraria, donde consultábamos archivos de las comunidades que después recorreríamos. Los visitantes agrarios nos llevaban en sus vehículos a las comunidades, nos presentaban e intercedían por nosotros ante las autoridades locales para que accedieran a otorgarnos las entrevistas. El cuestionario que aplicábamos era muy extenso, cerca de ciento cincuenta preguntas, por lo que terminábamos por aburrir a los integrantes de los comisariados. Por lo regular recibíamos invitaciones para recorrer ejidos y comunidades agrarias, y conocer milpas, cafetales, montes y potreros. No recuerdo el número exacto de núcleos agrarios que visité, pero fueron cerca de veinte, saliendo muy impresionado de cada uno de ellos por las condiciones de pobreza. La queja era constante: bajos precios para sus productos agrícolas, familias fragmentadas por la migración, falta de acceso a los servicios básicos y un largo etc. Esas condiciones eran más graves en algunas comunidades que en otras, como en Tanzozob, ubicada en el municipio *teenek* de Aquismón, en San Luis Potosí, la que abandoné sumamente incómodo, indignado por haber escuchado historias sobre injusticia, desigualdad y discriminación, por lo que decidí que tendría que regresar a colaborar en algo. No tenía muy claro en qué, pero sabía que tenía que hacerlo.



Dinámica de integración, Punta Chueca, Hermosillo, Sonora. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2014).

Al regresar al entonces Distrito Federal y a la cotidianidad de la ENAH, compartí con el colectivo estudiantil al que pertenecía “mi primera experiencia en campo como antropólogo”. Mis compañeros se vieron interesados en organizar alguna actividad de apoyo a Tanzozob. Debido a que Tanzozob no contaba con servicios médicos y a que el Centro de Salud del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) no tenía ni una aspirina, decidimos que nuestro apoyo consistiría en hacer un acopio de medicamentos. Previa autorización del director de la escuela, organizamos una fiesta masiva con el nombre “Salud por la Huasteca”. El éxito fue absoluto. Amigos y amigas se sumaron a la logística y participaron varios grupos musicales, entre ellos, la banda Cabezas de Cera. Con los recursos obtenidos compramos medicinas y equipo médico básico. Un grupo de amigos egresados de la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia (ENEO) de la UNAM, nos acompañaron a Tanzozob en el siguiente periodo vacacional. Llegamos a la comunidad con las cajas de medicamentos, nos instalamos en el salón ejidal y durante dos semanas estuvimos trabajando en la Casa de Salud. Nuestros compañeros de la ENEO estuvieron capacitando a los promotores y promotoras de salud en el uso del estetoscopio, el baumanómetro y el termómetro, así como en los primeros auxilios. Esa experiencia, altamente aleccionadora, nos permitió advertir los límites y contradicciones que implica este tipo de proyectos que,



Taller de Historia Oral con viejos pescadores, Bahía del Tóbari, Sonora. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2004).

por más bien intencionados que puedan ser, no parten de un conocimiento profundo de la cultura y las formas de vida de las comunidades que recibirían dicha acción solidaria. De cualquier manera, el aprendizaje fue de gran significación para nuestra formación antropológica, quedando la comunidad muy agradecida con nosotros, sobre todo porque, aunque resultaba evidente lo limitado de nuestra intervención, los pobladores reconocían que, ante la ausencia del gobierno para atender sus necesidades más básicas de salud, era mejor algo que nada.

Durante dos años más estuve visitando Tantzob y la vecina Tamapatz, donde una amiga estudiante de la ENAH había planeado hacer su tesis sobre temas agrarios. En aquellos años empecé a trabajar en el área de Participación Ciudadana del Gobierno del Distrito Federal (GDF), en la entonces delegación Tlalpan. Yo me encargaba de la operatividad de los programas sociales dirigidos a los adultos mayores, madres solteras, personas con discapacidad, abasto comunitario, cultura y espacios públicos en el pueblo de San Miguel Ajusco. De esa manera pude conocer un poco sobre la vida de los pueblos originarios de la Ciudad de México. Simultáneamente, un amigo me invitó a participar en un proyecto del Grupo de Estudios Ambientales, A. C. dentro del Programa de Gestión Participativa Hacia la Sustentabilidad (PGPHS), coordinado por un exprofesor de la ENAH. El proyecto consistía en dirigirme, junto con cuatro personas más, a la comunidad de Coapinola, en el municipio de Ayutla de los Libres, Guerrero. Se trataba de realizar un diagnóstico participativo orientado a explorar la posibi-

lidad de instrumentar un programa de manejo forestal comunitario. Pese a que la estancia duró unos cuatro días, fue difícil obtener información relevante para el proyecto, ya que se trataba de una zona que había vivido una fuerte historia de violencia poco tiempo antes. Durante la estancia nos enteramos de que la comunidad no sentía confianza hacia los visitantes, debido a que en ese municipio había ocurrido en 1998 la famosa masacre de El Charco, en la que fueron asesinados 11 indígenas y un estudiante de la Universidad.

Como a partir de ese proyecto recibí la invitación para incorporarme de manera más formal al Grupo de Estudios Ambientales, decidí dejar mi trabajo en el CDF. En aquellos años quería integrarme al equipo de una de las organizaciones ambientalistas más antiguas de México, caracterizada por su prestigio en el ámbito de las organizaciones de la sociedad civil. Por las mañanas iba a la oficina y por las tardes asistía a mis clases en la ENAH. Constantemente salía al sur de Veracruz, donde por el programa en que trabajaba realizaba diagnósticos socioambientales participativos en comunidades indígenas y mestizas en la poligonal de la Reserva de la Biosfera Los Tuxtlas. También había empezado a colaborar como voluntario en el Centro de Estudios y Acción Social, A. C., que estaba implementando varios proyectos en comunidades totonacas de la Sierra Norte de Puebla. De pronto, mi horario estaba ocupado casi en su totalidad entre mis clases de Etnología y los constantes viajes a los Tuxtlas o al Totonacapan. No recuerdo cómo fue que me dio tiempo para participar simultáneamente en un proyecto que dirigía la doctora Elena Lazos, del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la UNAM, que consistía en identificar la percepción social de los campesinos en torno a la posible introducción de maíz transgénico en el campo mexicano. Gracias ese proyecto pude conocer el Istmo de Tehuantepec y la imponente selva Los Chimalapas. Además de que aprendí sobre maíces nativos y prácticas agrícolas, proyecto que me ayudó a precisar mi tema de investigación para la tesis de licenciatura, dirigida por la doctora Lazos.

La experiencia en la Sierra Norte de Puebla marcó significativamente mi formación. Estando en esa región conocí a integrantes de la Unidad Indígena Totonaca Náhuatl (Unitona), organización de base promovida por teólogos de la liberación. Me interesó tanto ese movimiento indígena, que decidí que mi tesis de licenciatura abordara la historia de la organización, con la que gané el Premio a la Mejor Investigación sobre el Campo Mexicano que otorga la Asociación Mexicana de Estudios Rurales (AMER).

Cuando comuniqué a los dirigentes de Unitona sobre mi proyecto de investigación, me indicaron que, para que procediera, debía presentarlo ante la Asamblea de Representantes. Para ello me citaron en Ixtepec, municipio totonaco donde expuse mi iniciativa a la Asamblea, que decidió autorizarla, pero con el compromiso recíproco de entregar a la organización los resultados de la investigación y apoyar en lo que requiriese. Fue así que los viajes a la sierra se fueron haciendo cada vez más frecuentes y prolongados. Participé en asambleas, foros, marchas y las actividades que organizaba Unitona en distintos municipios nahuas y totonacos. Gracias a la experiencia adquirida no me fue difícil realizar trabajo de campo etnográfico. Digo esto porque mi generación de la ENAH tuvo la fortuna de recibir una sólida formación teórica, la correspondiente a metodología etnográfica, pero, la referida a las técnicas de trabajo de campo, fue prácticamente nula. Se redujo a una salida grupal de cua-



Comiendo *wakabaqui*, Bahía del Tóbari, Sonora. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2004).

tro días a Oaxaca en cuarto semestre, la cual terminó pareciendo más un tour colectivo por tiendas de artesanías y lugares turísticos, concluyendo con un ritual neochamánico, coordinado por el profesor, junto a una de las cascadas petrificadas de Hierve el Agua. Después de esa experiencia, no tuvimos una “práctica de campo” más a lo largo de la carrera.

Aun sin haber concluido el proyecto en los Tuxtlas, el Grupo de Estudios Ambientales me pidió que iniciara un nuevo proceso en la costa de Sonora, que consistía en realizar un diagnóstico socioambiental participativo en Bahía de Tóbari y en la zona rural de la franja costera de Guaymas-Hermosillo. Gracias a esta experiencia se abrió ante mí el fascinante mundo de la pesca ribereña. El proyecto de dos años, me permitió conocer diversos aspectos y dimensiones de la vida cotidiana de los pescadores, así como de sus problemáticas más sentidas. Pronto surgieron otros proyectos en Bahía de Kino y en las comunidades *comca'ac* de Punta Chueca y Desemboque. Mientras más conocía Sonora, más me convencía de que quería quedarme a vivir en aquel territorio tan novedoso para mí. Sin embargo, dado que el financiamiento para el Grupo de Estudios Ambientales no duró mucho, esta asociación civil no podía dar seguimiento a los proyectos e iniciativas que se habían identificado en los diagnósticos participativos.



La familia Moroyoqui preparando tamales, Bahía del Tóbari, Sonora. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2004).

Por fortuna, en esos momentos recibí la oferta de integrarme al equipo técnico del Área de Protección de Flora y Fauna Islas del Golfo de California, zona decretada así por la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (Conanp). La sede de esta área natural protegida en Sonora se encuentra en Guaymas, pero yo no pasaba mucho tiempo ahí, pues realizaba 95% de mi trabajo en campo. Por eso, sólo tenía que reportarme en la oficina cada 15 días o cada mes. Mi base era la comunidad yoreme de Paredón Colorado, en Bahía del Tóbari, pero constantemente viajaba a localidades costeras de Guaymas y Hermosillo, como La Manga, El Choyudo, Tastiota, El Esterito, El Colorado, Ensenada Chica, Bahía de Kino, Punta Chueca y El Desemboque, que pertenece a la municipalidad de Pitiquito. Mi trabajo consistía en dar seguimiento y asesoría técnica a los proyectos de desarrollo comunitario sustentable que impulsaba la Conanp en esas localidades.

El trabajo cotidiano implicaba un diálogo interdisciplinario constante, sobre todo con biólogos, ecólogos y oceanólogos. Mi responsabilidad era identificar la dimensión social y cultural de las acciones que emprendía la Conanp en estas comunidades, orientadas principalmente al monitoreo y conservación de la vida silvestre, en especial la flora y la fauna marina, costera e insular de la zona de influencia de las islas del Golfo de California. Cotidianamente organizaba actividades de planeación y organización comunitaria a través de asambleas, talleres y grupos focales, entre otras formas organizativas y dinámicas grupales. Aprendí mucho sobre los ecosistemas marinos e insulares del golfo, sobre la pesca ribereña y, particularmente, de los conocimientos de los pescadores sobre su entorno. Pero también de las difíciles condiciones de vida que ellos enfrentan, debido a la pobreza y al deterioro ecológico de los recursos naturales de los que depende su subsistencia.

Después de cuatro años de intensa labor en la costa de Sonora, regresé a la Ciudad de México para incorporarme al Equipo Hidalgo del Proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio, coordinado por la doctora Lourdes Báez Cubero. La región de trabajo que me asignó la coordinadora del equipo fue el Valle del Mezquital, específicamente el municipio de Tecozautla, colindante con el semidesierto queretano y sobre el que se había escrito muy poco. Al poco tiempo empecé

a trabajar también en la comunidad otomí de San Ildefonso, en el municipio de Tepeji del Río. Durante cuatro años hice registro etnográfico de carnavales y entrevisté a especialistas rituales de varias comunidades. Destaco la importante experiencia que viví en San Ildefonso, localidad donde realicé un peritaje antropológico solicitado por las autoridades locales, con el objetivo de identificar si ese núcleo poblacional se trataba o no de una comunidad indígena, pues el gobierno del estado y la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (Cdi) no la consideraban así. Por ello, se estaba desarrollando un proceso jurídico por el cual la comunidad buscaba que las autoridades la reconocieran como un pueblo otomí.

Los integrantes del Equipo Hidalgo hicimos la evaluación a partir de un trabajo interdisciplinario que incluyó materias como historia, lingüística y etnografía. Al encontrar elementos históricos, antropológicos y lingüísticos que fundamentaban nuestro dicho, en el peritaje sostuvimos que San Ildefonso era una comunidad *hñāhñu*, lo cual ayudó a que obtuviera el reconocimiento que buscaba por parte del gobierno estatal, que terminó por incluir a la comunidad en el listado de pueblos y comunidades indígenas que se desprende de la Ley de Derechos y Cultura Indígena para el Estado de Hidalgo. Esta experiencia fue altamente gratificante, pues quienes participamos en el peritaje, comprobamos que la investigación antropológica podía tener tanto un impacto social positivo en las comunidades, como realizar aportes académicos.

Cuando decidí estudiar una maestría, consideré que debía abrirme a otros campos del conocimiento sin renunciar a la antropología. Con esta lógica me postulé para ingresar al Posgrado en Desarrollo Rural que se imparte en la Universidad Autónoma Metropolitana campus Xochimilco (UAM-X), proceso formativo que significó, una vez más, enfrentarme al reto de construir conocimiento desde una perspectiva interdisciplinaria, con un objetivo claramente orientado: incidir en la transformación social. Aunque mi trabajo etnográfico estaba centrado en Hidalgo, no quise renunciar a dar un tratamiento académico a toda la experiencia que viví en Sonora con las comunidades pesqueras. Por ello, mi investigación de especialidad, de maestría y de doctorado giró en torno a los pescadores ribereños frente a la crisis ambiental de los ecosistemas marinos y costeros. Cabe señalar que las investigaciones de posgrado que he realizado en Sonora están enmarcadas en mi participación en el Equipo Noroeste del, ahora, Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México, coordinado por la doctora Claudia Harris, profesora-investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS). En este equipo he participado en dos líneas de investigación: Pueblos indígenas y procesos socioambientales; y Pueblos indígenas de México: diversidad cultural, discriminación y desigualdad social.

En el ámbito de la docencia he vivido experiencias significativas en el trabajo de campo. Al impartir cursos orientados al fortalecimiento de las habilidades y los conocimientos metodológicos de los estudiantes, he tenido la fortuna de coordinar prácticas de campo en Chiapas; en Cuetzalan y Huehuetla en la Sierra Norte de Puebla; en el Valle del Mezquital y en Sonora. Como resultado de lo anterior, aprendí que los retos se multiplican cuando se coordina a un grupo de estudiantes en campo: velar por su seguridad, asignar tareas, supervisar actividades, revisar diarios y notas de campo, entre otras. Sin



Casa Grande del Maíz de la Vida, Xochitlán de Vicente Suárez, Sierra Norte de Puebla. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2003).

embargo, recuerdo siempre una angustiada experiencia. Durante una práctica de campo en Ocosingo, Chiapas, pedí a los estudiantes que iban conmigo que bajo ninguna circunstancia comieran carne en la calle, pues no podía asegurarles que estuviera en buenas condiciones. Sin embargo, uno no siguió la instrucción y comió unos tacos de suadero sin que yo me enterara. Por la noche, mientras nos encontrábamos en la comunidad de Amatitlán, la estudiante presentó vómito y fiebre, y se quejaba de fuertes dolores de estómago. Al enterarnos sobre lo que había comido, personas de la comunidad que nos albergaban me sugirieron que la llevara inmediatamente al Hospital Regional, pues su salud podría agravarse si no recibía atención médica oportuna. Junto con dos compañeros la llevamos a la ciudad y la internaron de inmediato. Pasamos toda la noche en la Sala de Espera, sin que los médicos dieran noticias sobre la condición de la paciente. Aunque imaginaba que no podría ser algo muy grave, los peores pensamientos no dejaban de rondar mi cabeza. Finalmente, la estudiante fue dada de alta y la práctica terminó de la mejor manera en la Zona Arqueológica de Palenque.

A partir de que me incorporé como investigador al Centro INAH Tlaxcala, empecé a realizar trabajo de campo en una región totalmente nueva para mí. Descubrí, entonces, que la labor como antropólogo en un centro regional del INAH tiene una serie de implicaciones que no se dimensionan



Pescador ribereño, El Choyudo, Sonora. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2004).

cuando se hace antropología en un centro de trabajo donde se privilegia la docencia. La interacción con las comunidades es mucho mayor en un centro regional. Actualmente desarrollo tres proyectos de investigación: el primero versa sobre los museos comunitarios en Tlaxcala y sus aportaciones a la conservación y difusión del patrimonio cultural, proyecto en el que he tenido la fortuna de participar como asesor del Museo Comunitario de Ixtenco, la última comunidad otomí del estado; el segundo tiene que ver con la importancia de la milpa y el maíz nativo como patrimonio cultural, y el tercero es un proyecto que me ha develado una realidad particularmente dolorosa: el impacto de la contaminación de un río en la salud comunitaria. Mi trabajo ha consistido en entrevistar a personas de edad avanzada que conocieron el río Atoyac limpio y cristalino, lo cual me ha brindado elementos para reconstruir la historia ambiental de esta región del estado.

A 22 años de haber tenido mi primera experiencia en campo, he ido descubriendo que el quehacer etnográfico ofrece una gama infinita de aproximaciones a los *mundos de vida* de las comunidades con las que trabajamos como antropólogos sociales o etnólogos. Las trayectorias de aprendizaje que seguimos regularmente no son rutas trazadas, sino caminos emergentes que se construyen en la cotidianidad que vive el etnógrafo y sus interlocutores, sobre la cual resulta útil reflexionar desde una perspectiva crítica. Sirvan, pues, las siguientes páginas para exponer algunas ideas que me surgieron a partir de lo expuesto en líneas anteriores.



Pescadores ribereños frente a la Isla Alcatraz, Bahía de Kino, Sonora. **Fotografía** © Milton Gabriel Hernández García (2004).

Reflexiones finales

Recuerdo que, desde que cursé el propedéutico en la ENAH para ingresar a la licenciatura, el profesor de Introducción a la antropología social dijo claramente que el antropólogo puede construir el conocimiento etnográfico desde cualquier paradigma teórico, a condición de que éste tenga un carácter objetivo, lo cual implicaría que el antropólogo debía mantenerse obligadamente al margen de los procesos comunitarios y participar sólo como un observador que registra meticulosamente todo lo que ocurre ante sus cinco sentidos.

Durante toda la carrera escuché esa idea en forma reiterada en los distintos cursos que tomé. Sin embargo, al confrontar lo dicho por mis profesores con mi experiencia laboral en los diferentes cargos que tuve como estudiante, pasante o profesional de la antropología, una constante era que mis superiores inmediatos me solicitaban un “plan de intervención”. Cuando comentaba con mis profesores mi experiencia laboral, era común que me dijeran que mi trabajo remunerado no era el ejercicio profesional de la antropología. Cito casi textualmente a un profesor de estructuralismo: “Mira, te voy a poner un ejemplo. Una cosa es ser antropólogo y otra es hacer antropología. Un funcionario del INI que haya estudiado antropología en la ENAH, será antropólogo de formación, pero no hace, no produce antropología”.

Esta posición me provocaba confusión. La exigencia de “intervención” me llevaba a suponer que lo que estaba haciendo era desviar mi camino profesional, pero finalmente la necesidad económica me orillaba a hacer caso omiso de los comentarios de mis docentes.

Pienso que la supuesta contradicción entre intervención y no intervención tiene que ver directamente con el pasado colonial de la antropología, que en nuestro país se materializó en el indigenismo. Como sabemos, la antropología social ha estado ligada en diversos momentos de su historia a la instrumentación de políticas estatales dirigidas a diferentes tipos de población, en algunos casos políticas verticales, coloniales y unidireccionales. De manera planificada, este tipo de antropología tuvo su mayor concreción como política de Estado mediante las acciones del INI. Sin embargo, desde hace varias décadas la antropología aplicada se ha diversificado de tal manera, que ya resulta imposible reducir su ejecución al contexto del indigenismo.

La antropología crítica de las políticas indigenistas cuestionó la aculturación, la castellanización y la integración asimétrica de los pueblos originarios a través de la intervención de instituciones indigenistas. A partir de este señalamiento, la intervención dejó de ser vista como algo deseable en el ejercicio profesional de la antropología y se le asoció con el perfil colonizante de la antropología aplicada. Ya como profesor, he podido reconocer que la disyuntiva entre la intervención y la no intervención sigue siendo un fuerte cuestionamiento entre los estudiantes, pues refiere directamente al ejercicio profesional de la disciplina.

En mi experiencia, esta disyuntiva suele dirimirse más allá de las aulas, pues cuando los egresados hemos tenido que realizar algún tipo de intervención, por necesidad laboral, en lo general la llevamos a cabo pero con la desventaja de no haber sido formados para ello. Esto se debe a que el plan de estudios de nuestra carrera se centra en la formación de investigadores y no en la preparación de profesionales de la antropología especializados en la detección, planeación e implementación de proyectos de desarrollo comunitario o en el impulso de procesos de defensoría de los derechos humanos, por mencionar dos posibilidades, ya sea en instituciones gubernamentales o de la sociedad civil.

El debate en torno a la pertinencia de hacer antropología para resolver problemas sociales tiene una larga data, controversia que siempre lo acompaña el viejo dilema expresado en la siguiente frase: “¿intervenir o no intervenir?”. En México, la disyuntiva se ha estructurado en torno a lo que considero una falsa dicotomía: antropología académica *versus* antropología aplicada. Aun cuando pareciera que el cauce de este debate es irresoluble, como lo he expuesto en mi caso personal, la realidad laboral de un buen número de antropólogos y antropólogas les exige intervenir desde el ámbito de la acción institucional. Por otro lado, considero un eufemismo que quien pretende hacer trabajo de campo desde un punto de vista estrictamente académico, con la consigna de no intervenir para evitar “contaminar” la realidad social, no reconozca que, en sí misma, su presencia en la comunidad es una forma de intervención que produce percepciones y expectativas en los actores comunitarios.

En otro orden de ideas, aunque es casi un lugar común decirlo, considero que hacer etnografía es una búsqueda constante que nos lleva a partir del *punto de vista de los actores* como horizonte in-

terpretativo de una realidad sociocultural compleja que desborda sin duda las perspectivas unidimensionales. Al respecto, señala el antropólogo colombiano Eduardo Restrepo: “[...] la etnografía se puede definir como la descripción de lo que una gente hace *desde la perspectiva de la misma gente*. Esto quiere decir que a un estudio etnográfico le interesa tanto las prácticas (lo que la gente hace) como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de la gente sobre estas prácticas)” (Restrepo, 2016: 16).

Esto supone realizar un trabajo sobre el terreno en al menos dos dimensiones: compartir la vida cotidiana de los actores locales en su contexto, privilegiando la observación directa y el registro constante de un cúmulo diverso de prácticas, así como la posibilidad de tener circunstancias específicas de interlocución bajo distintos dispositivos metodológicos, como la entrevista en profundidad, las historias de vida, la participación en talleres o grupos focales, o fuera de formato, las conversaciones casuales. En todas estas circunstancias, los actores locales emergen no como informantes, sino como interlocutores que llegan a compartir determinados aspectos de sus mundos de vida. En mi quehacer profesional he abandonado intencionalmente la noción de informante, tan común en la antropología, tratando de tomar distancia de la herencia neocolonial que todavía subsiste en cierto tipo de investigaciones etnográficas. Sin dejar de asumir que durante el proceso de investigación somos parte, junto con nuestros interlocutores, de una relación de poder asimétrica, aspiro a que la investigación etnográfica trate de renunciar a la violencia epistémica y discursiva que ejercemos sobre los otros que nos comparten su forma de vida. Concibo a la etnografía como una ruta metodológica, como un conjunto de técnicas y como un ejercicio profesional no necesariamente académico, capaz de dar forma a lo que Guillermo Bonfil concebía como aquellas historias que no son todavía historia, ya sea porque han sido ocultadas y colonizadas en algún pliegue del discurso dominante, o porque sencillamente han sido excluidas o borradas (Bonfil, 1980).

Bibliografía

Bonfil, Guillermo (1980). “Historias que no son todavía historia”. En Pereyra, Carlos *et al.* (coords.), *Historia ¿para qué?* (pp. 227-245). México: Siglo XXI Editores.

Restrepo, Eduardo (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Universidad Javeriana.